

El teatro argentino barrido por el fuego

* Una experiencia trunca

por Mercedes GALES

BUENOS AIRES, Argentina, 28 septiembre. — En la larga noche del conocimiento humano, mitos y leyendas sobre el fuego fueron conformando un rico territorio de fantasía, al que nos remite cada incendio concreto, en busca de significaciones ocultas.

Es casi un espasmo verberal, un movimiento involuntario hacia regiones simbólicas del pasado, del que cuesta sustraerse. Así, cada uno, según sus propias experiencias personales, verá en cada fuego —en primera instancia—, calor, quemaduras, purificación o castigo. Forjas y prometeos llenos de luz, o infiernos y tiempos plagados de sombras; los fuegos agrícolas eliminando barbechos y malas hierbas de las tierras de cultivo, y las encarnaciones materiales de los espíritus impuros sometidas a fregado profundo en las hogueras medievales.

Todos tenemos nuestras propias imágenes del fuego, contradictorias y recurrentes. Y generalmente las conocemos.

Sin embargo, en Argentina 1981, el peso del presente nuestro de cada día es tan demoledor y absoluto, que ni posibilidades de espasmos ancestrales parecen haber quedado. Sólo así puede entenderse que, frente al incendio que en la madrugada del 6 de agosto puso fin al Teatro del Picadero de Buenos Aires, la primera imagen fuera: esto no es un incendio sino una instantánea.

¿Instantánea de qué?

Geográficamente, el Teatro del Picadero estaba ubicado en la cortada Rauch, una callejuela en "S" abierta y oblicua; una especie de pasillo curvo, sin otro atractivo que ser una variación en el diseño en cuadrícula predominante en la ciudad, una de cuyas manzanas divide en 2 triángulos de base ondulada. Callejuela que en su extremo noreste toca el límite oeste de ese cuasi cuadrado de 20 cuadras de lado que constituye el centro funcional de la capital. Dentro de la "S", en la profundidad de su curva más pronunciada, el Teatro del Picadero abría sus puertas.

Española ubicación para un teatro, cerca de "todo" y, sin embargo, aislado. Aunque no faltaba quien recelara de la seguridad que podía brindar esa callejuela, tan fácil de cerrar en sus 2 extremos, impidiendo así toda salida a quienes se encontraran en su interior.

Pero, ¿por qué pensar que algo así pudiera suceder?

En el Teatro del Picadero se estaba llevando a cabo el

ciclo de Teatro Abierto, una propuesta original que había recibido el apoyo entusiasta del público. Consistía en la presentación diaria de 3 obras cortas de autores nacionales, e especialmente escritas para el ciclo, e interpretadas por 21 elencos formados al efecto. Siete días, 3 obras y 3 elencos distintos cada día, que se proponían —según las palabras del presidente de la Asociación Argentina de Actores, Jorge Rivera López, al dejar inaugurado el ciclo—, "demostrar la existencia y vitalidad del teatro argentino, tantas veces negada. Pretendemos ejercitar en forma adulta y responsable nuestro derecho a la libertad de expresión". La realidad de una propuesta, y la oportunidad de su puesta en marcha, logró despertar el entusiasmo, excitar los espíritus, "materializar la fiesta". Los abonos se agotaron antes de iniciarse el ciclo, y los sobrantes de abono se conseguían con dificultad, después de hacer una larga fila de aspirantes a obtenerlos. Pero se esperaba con paciencia el tiempo que fuera necesario para llegar a la boletería del teatro porque, inmersos en la penalidad de lo cotidianamente necesario, la existencia de una propuesta cultural convocaba a "la conquista de lo superfluo", brindaba la posibilidad de participar de un hecho continuo que, teatralmente, trascendía los límites siempre más estrechos —por

más individuales—, de una buena función de teatro. Más allá que cada espectador manifestara preferencias por un autor, un director, un elenco o simplemente un día de la semana, estaba clara en todos —como motivo de alegría— la condición de participantes de Teatro Abierto.

Al mismo tiempo, la propuesta incluía requisitos importantes. El mes anterior, una encuesta realizada por el diario Clarín entre espectadores a distintos espectáculos teatrales señalaba, que el 60 por ciento de los mismos atribuía a los problemas que ocasionaba la difícil situación económica general, el mal momento que atravesaba la actividad teatral en la Argentina. A su vez, para el 24 por ciento de dichos espectadores, ese mal momento se debía fundamentalmente a los condicionamientos que imponía la rígida censura oficial vigente.

El ciclo de Teatro Abierto se integraba con obras no censuradas y el precio de las localidades (40 pesos mexicanos) era notoriamente inferior, al de todos los teatros con espectáculos

que habían obtenido éxitos de público.

Esto era fundamentalmente el Picadero, en la madrugada del 6 de agosto.

Producido el incendio —cuyas causas probables o posibles, la investigación policial aún no ha dado a conocer— la primera reacción general fue de estupor: "¿Cómo se va a incendiar el Picadero?"; la segunda, de indignación: "¿Tampoco se puede hacer teatro en la Argentina?"; y la tercera, de apoyo total a la prosecución del ciclo y a la reconstrucción del teatro. Quienes gestaron Teatro Abierto decidieron continuar de inmediato con las funciones, distintas empresas teatrales ofrecieron sus salas y los nombres importantes en la cultura nacional estuvieron presente, o se adhirieron a la propuesta de los organizadores.

Hoy, Teatro Abierto sigue siendo un hecho real, trasladado ahora al Teatro Tabaris, una sala totalmente céntrica, cuya mayor capacidad permite albergar un número mayor de espectadores-participantes.